

A VUELTA DE RUEDA

Ricardo León García

Desde la orilla norte de Nuestra América emerge un narrador de fuerza y lucidez extraordinarias. Nacido en Murcia (1968), ha decidido hacer su vida de filólogo y prosista en la frontera mexicana, lugar donde se ha arraigado para fecundar semillas de conocimiento y creación literaria. No interesa si la obra de Ricardo Viguera Fernández se inscribe en la literatura negra, la literatura del narco, novela policiaca, literatura del norte o fronteriza. La etiqueta es lo de menos, puesto que no añade ni resta sus alcances. La capacidad de persuasión de la que hace gala con el fondo y la forma de su narrativa determinará el grado de influencia que logre, a fin de acercarse a una interpretación del aquí y el ahora, de la realidad que le ha tocado presenciar y con la cual realiza un excelente ejercicio de ficcionalización.

Estos son tan solo apuntes sobre la ruta que ha seguido Viguera en sus libros de narrativa hasta hoy publicados en solitario: *Nuestra Señora de la Sangre* (premiado para su publicación en 2013 por el Instituto Chihuahuense de la Cultura), *A vuelta de rueda tras la muerte* (2014, ganador del premio de cuento Sor Juana Inés de la Cruz del gobierno del Estado de México) y *No habrá Dios cuando despertemos* (2016, Premio Tristana para cuento fantástico, del ayuntamiento de Santander). Hace unos meses, además, también fue acreedor al premio fray Luis de León de ensayo, otorgado por la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León por un trabajo en el que reflexiona ampliamente, y no desde la ficción, sobre Ciudad Juárez como espacio mítico, una construcción de la literatura y el cine. *Aquí es frontera de lobos*, es el título de este nuevo trabajo que está próximo a aparecer en España.

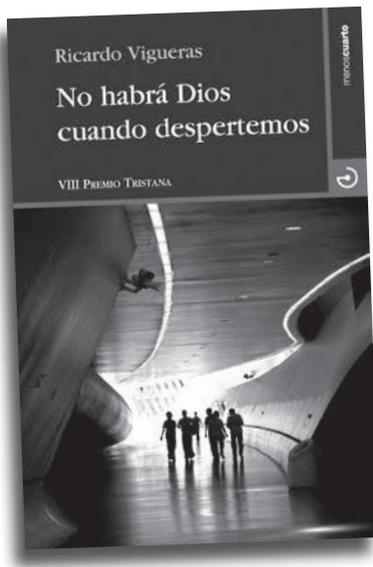
El tratamiento ficcional que hace el autor de una realidad descarnada permite una reflexión sobre la complejidad bajo la que se van tejiendo las relaciones entre individuos en este presente aterrador. ¿Es la brutalidad cotidiana de la frontera mexicana una característica de la región? Así se ha estereotipado, pero no es muy diferente a la Beirut de hace 30 años, a la Nápoles de la posguerra, al São Paulo actual o al Detroit de antes y después de su quiebra. Quizá los actores piensen distinto, sus formas organizativas sean otras, las motivaciones y justificaciones también, pero la situación caótica, sin control definitivo, es un punto de coincidencia. El Estado ha perdido muchos de los atributos que la teoría le



Ricardo Viguera Fernández

asigna porque el monopolio de la violencia se ha diluido, incluso, atomizado hasta el grado de que en la maniquea visión de los buenos contra los malos, a la supuesta maldad se la representa como ese poder fáctico homogéneo que arrastra a la sociedad a enfrentarlo sin mucho éxito, porque no termina de entender quiénes son los malos, por qué cometen actos de maldad, ni qué tan malos somos los que supuestamente abanderamos las causas de la justicia, la libertad, la legalidad y la bondad. ¿Quiénes son los malos y por qué actúan con maldad? Podríamos incluso quedarnos con la banal explicación que nos remite a encasillar todo a la vilipendiada “naturaleza humana”.

En ninguna circunstancia Viguera Fernández sugiere al lector una sociedad sin Estado o bajo un Estado fallido. El Estado, tanto en *Nuestra Señora de la Sangre* como en *A vuelta de rueda tras la muerte*, está dedicado a preservar las condiciones para que la economía neoliberal o posmoderna siga su marcha. A esta economía se van sumando esfuerzos ajenos a la institucionalidad, a lo que es válido y permitido en el texto de la normatividad expresada en un cuerpo de leyes y compiten por los espacios de acción. Las fuerzas del Estado actúan de manera ambigua, soterrada y solamente en caso de que se ponga en alto riesgo la continuidad del proyecto



prioritario. ¿Nos encontramos ante una situación de complot del Estado contra la ciudadanía? Para que las cosas funcionen como deben marchar, tan solo es necesario permitir que los personajes incómodos no invadan los cotos del poder establecidos y para ello han de organizarse bajo esquemas propios de la modernidad capitalista, pero dentro de ese espacio de la zona gris, donde confluyen actividades e intereses de quienes basan su sustento en actividades legales y quienes lo basan en las no legales. Como afirma Roberto Saviano: “La complejidad reside precisamente en no creer que todo está oculto o se decide en estancias secretas”.

Viguera retoma esa parte indudable del accionar criminal para mostrar una de las aristas de la sociedad contemporánea y a lo largo de sus textos insiste en que eso es solamente una parte, no lo es todo; le queda claro aquello que ya hace años expresaba el dramaturgo checo Vaclav Havel: “La sociedad es un animal misterioso con muchas caras y potencialidades ocultas, y... es extremadamente miope creer que el rostro de la sociedad que te presenta en un momento dado es su única cara verdadera”. Havel coincide con la afirmación del antropólogo Eric Wolf cuando expresa su preocupación por la construcción de falsos modelos de realidad al cosificar relaciones sociales, al intentar explicar la totalidad a partir de un fragmento de ésta, sin entender o asumir las conexiones existentes, en este caso, entre lo puramente evidente y lo que se mueve de forma paralela. Explorar y navegar por esa llamada zona gris, haciendo evidente ese poder criminal, de cualquier envergadura, no ha dejado de ser una de las tareas de la creación literaria.

Día y noche en Puntaloba

En la Puntaloba de *Nuestra Señora de la Sangre* se toman vidas en el momento en que se desea. De existir el diablo, seguramente ahí habitaría. Aunque también es cierto que

podría habitar en cualquier parte del mundo, pero esta isla posee un halo de encanto para las diabluras. El escenario de la obra es esta isla ficticia del Golfo de México.

Viguera nos transporta a esa ínsula donde teje tres historias conducidas por una estirpe zoológica que le da unidad a esta novela policiaca de alto contenido etnográfico. Este carácter no radica solamente en el halago descriptivo, sino que va anudado por una sutil crítica a las formas sociales adquiridas por los personajes surgidos de la *inventio* del escritor. La ficción no está alejada de una realidad compartida por decenas de sociedades que cotidianamente expresan su esperanza en alcanzar el “éxito moral” logrado de manera ejemplar por el máximo representante del esquema del desarrollo por el desarrollo mismo, los Estados Unidos. Mientras los excluidos tienen acceso al desarrollo de la virtud –que tan sólo se adquiere por el hecho de ganar–, han de enfrascarse en una lucha constante y desorganizada por descollar y demostrarse que existen las áreas de oportunidad para “ser como los otros”, como diría Galeano.

La violencia cunde en todo Puntaloba y a pesar de ello, la vida sigue. La vida camina entre muertos y desaparecidos, entre esos hilos de corrupción e insensatez que ahogan a esta imaginaria nación insular. Situaciones y personajes parecen dar fe de la vigencia del término *lo real maravilloso*, propuesto por Carpentier. Junto con la crudeza de la violencia propia de un sistema violento, el lenguaje de los personajes agrega los elementos justos para comprender la absurda realidad tercermundista, latinoamericana, mexicana, nortea, fronteriza... sin alejarse de la verosimilitud. No dejan de ser asombrosos los desenlaces de cada una de las historias que se van anudando de la primera a la última página. Al fin y al cabo, una novela no da cuenta más que de la vida que han vivido y muerto hombres y mujeres en algún lugar del mundo.

Rondar El Moridero

En *A vuelta de rueda tras la muerte*, Viguera recoge sensaciones y sueños surgidos en una de las peores épocas de la historia de Ciudad Juárez: “los años de la furia”, como él los llama, de 2007 a 2012. Los once relatos giran alrededor de Pocamadre, un conductor de taxi. Las historias discurren sobre el taxi, a pie por las aceras, en los tugurios, vecindarios y por los recuerdos y los anhelos de un grupo de juarenses convertidos en protagonistas de una realidad ficcionalizada. Las constantes referencias a personajes y situaciones reales no hacen más que demostrar que el trabajo creativo de Viguera está íntimamente ligado a las vicisitudes sociales en un espacio que, aunque determinado en el propio texto e identificado sin lugar a dudas, podría estar ubicado en cualquier rumbo de la periferia capitalista. No es una copia facsimilar de la



vida juareense en la época de la guerra contra el narco o de las desapariciones y asesinatos de mujeres, sino una recomposición de ese pasado de acuerdo con una propuesta estética. A fin de eludir la responsabilidad del sistema y sus beneficiarios, todas sus perversidades se fueron concentrando en el discurso que fomentó la recreación de un imaginario caótico, violento, feminicida, drogadicto e ilegal sobre una ciudad similar a muchísimas otras más en el mundo. Al final, siguiendo la idea de Valle-Inclán, “las cosas no son como las vemos, sino como las recordamos”.

Quien jamás ha sentido su vida dentro de esa ciudad *vacía pero llena de fantasmas*, con la lectura adquiere la oportunidad de formar parte de ella en casi dos centenares de páginas que le colocan en medio de la vorágine donde la violencia y la impunidad se entremezclan con lealtades familiares, futuros promisorios y pasados añorados. Como en cualquiera otra parte de la América nuestra, pero con las peculiaridades propias de la región.

¿Cuánto vale la vida humana? Los protagonistas se repiten la pregunta y discuten este momento en una mesa filosófica de El Moridero, antro donde coinciden cada vez que no son apabullados por las expresiones de la guerra contra el narco. La solidaridad, a veces vestida de compasión y de lástima, casi de caridad, también mueve a este grupo de hombres que deben aparentar rudeza, su fortaleza como cabezas hegemónicas de una sociedad machista en permanente descomposición, ahora pútrida y vacilante ante la terrible impunidad con la que actúan secuestradores, violadores, sicarios, genocidas, extorsionadores y los gobernantes que de tanto no solucionar las cosas, son cómplices y beneficiarios del caos, a pesar de la pantalla del plan Todos Somos Juárez. Como dijo de la ficción literaria don José López Portillo y Rojas en 1905, en este discurso van “historia e invención por partes iguales, como que tiene que conformarse con la vida para dar color de verdad a la narración”.

Más allá de su trabajo literario, Viguera busca hacer cuentas de los hechos que ensombrecieron Ciudad Juárez a

favor del maquillaje que cubrió al resto del país. Mientras se denostaba a la ciudad fronteriza, situaciones similares se vivían en toda la república. Los grupos criminales avanzaron paso a paso creando un estado de permanente terror, protegidos por ese discurso que cubrió a la frontera, principalmente a Juárez. Una guerra, muchas guerras, tal como la sinrazón definida por Barbara Tuchman.

La violencia no ha surgido de la voluntad de un grupo de perversos con o sin poder para presionar a las autoridades y hasta para ponerse encima de ellas. Son los largos años de miseria, de olvido, de explotación los que, aunados al ansioso mercado estadounidense por consumir cualquier tipo de droga y olvidarse del mundo que ha ayudado a forjar, forman el caldo de cultivo efectivo para trastocar los anhelos de dicha y tranquilidad. Las sombras deambulan por fantasmales sitios de una ciudad que promete convertirse pronto en solamente un recuerdo de lo que fue. *Ya nunca podrá ser como antes. Ni aunque todas las almas así lo quieran.*

Night time is my time for just reminiscing

No habrá Dios cuando despertemos representa un salto dentro de la narrativa de Ricardo Viguera. Aunque permanece la referencia a Juárez, la novela no está dedicada a lo que ha tratado la literatura concebida en el septentrión mexicano. El autor realiza una reflexión sobre la vida y la muerte, así como la abrumante presencia del Estado en la vida cotidiana de las personas. Además, con características de la literatura fantástica, apaga la sed de lectores con ánimos de un trabajo adecuado a una concepción cíclica de la historia. El escenario de esta historia de Viguera es una suerte de Hades-Purgatorio en el que se concentran almas que abandonaron cuerpos y que ahora deambulan miserablemente a expensas de la voluntad de un jerarquizado cuerpo de funcionarios, en ocasiones demonios, a veces súbditos de esos mismos demonios. Si el infierno en *Nuestra Señora de la Sangre* se ubicó en una isla del golfo de México, en *No habrá Dios*

cuando despertemos El Aeropuerto puede equipararse a su antesala con características que preparan a los ocupantes provisionales para su próxima estancia en él.

Este ambiente tiene una vida propia o al menos esa es la impresión de los personajes, muy al estilo de cuando vulgarmente se piensa en El Estado o en El Mercado, entes con voluntad y vidas propias que se recrean a sí mismos de manera indefectible y eterna. La disposición de las salas aeroportuarias y sus características permiten recordar una democrática necrópolis pública, más allá de la Puerta Esquilina, a la derecha de un camino conducente a Roma y en este caso, una manera de salir de ella. Si bien en los tiraderos de ese Campo Esquilino cabía toda clase de desperdicios de los comunes, en El Aeropuerto las almas esperan el viaje a su destino final, como es el caso de los protagonistas Victorio y Amanda, junto con miles de esperanzados pasajeros prestos a salir una vez que sea su turno. Se trata de una angustiante situación similar a una promesa de final feliz para todos, pero siempre dependiente de una corte de funcionarios, cuya cúpula impone reglas que cambian a la menor provocación y que difícilmente se cumplirán: “No importan los demás funcionarios, aseguró Bástiabas; no importa que tú tengas razón; solo importa mi voluntad ahora; solo importa si quiero o no quiero jugar contigo cuando a mí me plazca.”

Más allá del acontecer en los espacios públicos de convivencia, donde la superficialidad aflora y se recrea para eliminar mucho del sentido existencial, los personajes de Vigueras tunden al lector con lapidarias reflexiones sobre el sentido de la vida, lo mismo mueven al pensamiento en la frontera entre México y los Estados Unidos como en Mali o Dubai.

El largo andar entre el Odiseo homérico y el Victorio de Vigueras parece no salir de un mismo cauce: “Ni usted ni nadie es dueño de su vida ni de su muerte. Ni lo es ahora ni lo será nunca. Se le espera con ansiedad en destino y ya no tiene más remedio que llegar allí”. El Aeropuerto de esta novela, además de equipararse con el Hades de la Grecia clásica o con el Estado moderno, tiene mucho de un prolongado estado onírico donde se conjugan todos esos absurdos de la vida que quisiésemos que no formaran parte de la realidad cotidiana. La permanente condición de duermevela de los protagonistas y las angustias con las que transcurre su paso por el Aeropuerto los hace vivir dentro del miedo en todo momento: *El miedo es ciertamente un analgésico que impide ver la realidad.*

Palabras finales

Los personajes de las tres obras de Ricardo Vigueras Fernández se encuentran en un estado de permanente disgusto contra un sistema que los apabulla, los oprime, los

relega, los obliga, los coarta. Sin embargo, su indignación se ve volcada no contra el sistema, sino contra su propia posición dentro del mismo.

Las alternativas u oportunidades que brinda la forma de existencia que hemos venido construyendo desde hace al menos medio milenio, tienden a posicionarse dentro de la llamada por Auyero *zona gris*. En esas formas cotidianas de construcción del Estado contemporáneo, formas en las que participa toda la ciudadanía, se hacen a un lado los principios éticos, se desoye la moral, se embarca uno en medios considerados perversos, ilegales e incluso se toman como paradigma las vidas ejemplares del diario acontecer.

En los tiempos idos de la construcción de la sociedad con ideas modernizantes en pos del desarrollo de la humanidad, las historias de hombres irreprochables de apellidos como Rockefeller, Morgan, Vanderbilt, Carnegie, Harriman o Gould, fueron símbolo del éxito rotundo del capitalismo norteamericano. Sus vidas fueron magistralmente desmenuzadas por Matthew Josephson en *The Robber Barons* (1934). Tiempo antes, Mark Twain caricaturizó el discurso moralizante del *self-made man* en dos relatos arrolladores: *The Story of the Good Little Boy Who Did Not Prospe* (1872) y *Story of the bad little boy that led a charmed life* (1865). En pocas palabras, muchas de las historias de éxito, de acuerdo con la experiencia centenaria, necesariamente nacieron o transcurrieron por la zona gris. Y la historia continúa, como lo ha afirmado el *New York Times* con respecto a la historia del éxito de Donald Trump.

Los personajes de los cuentos y novelas de Vigueras buscan alcanzar el sueño de una mejor posición en el sistema que ahoga y que oprime, deben lidiar con él para integrarse, para escalar posiciones, para lograr un reconocimiento. En la zona gris se puede andar por caminos ilegales, pero siempre con la intención de alcanzar una vida mejor dentro de un sistema al que se oponen esas formas cotidianas de construcción del estado.

Las obras de Ricardo Vigueras Fernández son: *Nuestra Señora de la Sangre*, Chihuahua, Instituto Chihuahuense de la Cultura, Chihuahua, 2013; *A vuelta de rueda tras la muerte*, Toluca, Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2014; *No habrá Dios cuando despertemos*, Palencia, Menoscuarto, 2016. 

Ricardo León García. Antropólogo mexicano, graduado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es docente-investigador de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez desde 1988. Colabora en diversos medios periodísticos de la localidad y es autor del libro *Teoría del juarense*, publicado en España en el año 2007. Fue subdirector de la revista *Paso del Río Grande del Norte*.